

pero se trataba de un baile de máscaras y no es extraño que las capas y sombreros quisieran *con licencia del caporal, tener un rato de carnaval.*

Adios, mi Bibiana. Si la fortuna me sopla allá te enviaré muy pronto mis letras.—*Caralampio.*

Méjico, Marzo 15 de 1859.

¡ Mi pobre batueca: Hoy me encuentro de un humor *indefinible*, y no sé ni por dónde he de comenzar esta carta, que aunque no quisiera hacer larga, tal vez sea necesario por lo mucho que el asunto va á dar de sí, elástico por naturaleza, como conciencia de usurero.

Ayer tuve precision de ir á felicitar en compañía de mis amigos de baile á una niña que llevada de la poesía de su nombre (se llama Matilde) se ha rodeado de una gran porcion de jóvenes *cisnes*, los cuales de dia y de noche la deleitan con sus graznidos. Llámolelos graznidos á sus cánticos, porque es la única modulacion que yo conozco á los animalitos cuyo nombre han adoptado los poetas. Si no les sabe á bueno, la culpa es de ellos, que se hacen llamar así. Invitáronme, lo mismo que á mis

amigos á que tomáramos la sopa, y deseoso de aprender algo en aquella reunion de pajarotes de todos colores, á las pocas instancias acepté y me volví todo ojos, todo orejas para ver y oír cuanto saliera de aquellos primorosos picos.

Hábfalos de todos colores: unos mas blancos que el algodón, otros colorados como un cuento de Pigault-Lebrun, otros oscuros como barrio de Méjico, otros parditos y cenizos como camisa de cesante. Pero todos ellos fueran del color que fueran tenían un mismo deseo, una misma idea: hacer versos deleitables, hermosos, sentimentales: todos se dirigian á un objeto, á hacer creer á Matilde que era tan hermosa, tan discreta y tan divina, que nada mas habia que buscar en este pícaro mundo, porque toda perfeccion y todo talento, eran un grano de arena al lado de aquella sublime perfectibilidad. Matilde la primera, creia que era cierto cuanto sus incensadores le decian, y no podia ser de otra manera, porque lo decian tan convencidos, eran tan sinceros los versos en que cantaban las gracias de aquella deidad, que ni por muy contumaz que fuera dejaría de creer.

Antes de ir á la mesa, llegó un jóvencito de fino bigote, faz amarilla, ojos llorosos, abotonada la casaca como un soldado en formacion. Traia debajo del brazo un enorme libro como si fuera de registro, si bien tenia unos dorados preciosos. No saludó á nadie; pero poniendo su mano derecha sobre el corazon, inclinándose como una jara movida por el viento, presentó con la otra mano á la diosa de aquel templo el libro susodicho diciéndole con la voz mas flauteada del mundo. “Hermosa Matilde: Si un corazon lacerado y manando sangre puede por un momento olvidar sus desengaños y sus dolores, suspender sus latidos y sus penas, es sin duda cuando se dirige á otro corazon puro, *entusiástico*, y lleno de encanto y de poesia. Mi corazon en este momento no sufre, porque se dirige con su humilde presente al

corazon mas poético y digno que alumbrá el sol en su carrera. Admita usted mi ofrenda y olvide por un momento los pesares de un infeliz.”

Lástima me dió aquel pobrecito: un jóven de diez y seis años á lo mas, que ha sufrido mucho, que está ni mas ni ménos con una herida en el corazon, manando sangre, me pareció una contra caridad que todos se quedaran muy frescos y no hubieran corrido por el médico y el confesor, cuando por allá en mi tierra esas heridas son para dejar á uno tieso sin mas ni mas. Iba á preguntarle quién le habia dado tal puñalada y porqué, cuando oí á Matilde decirle con la mayor frescura del mundo que le agradecia el *album* en el cual esperaba encontrar las preciosas producciones de sus amigos. Como ví que nadie se paraba á contemplar aquella desgracia, por no hacerme notable entré en la misma indiferencia, aunque no las tenia todas conmigo, que temia que de un momento á otro aquel pobrecito se fuera á morir y luego la justicia nos complicara á todos.

Abrió Matilde el *librote* y encontró como es de ordenanza en semejantes presentes la dedicatoria de él, y en ella una declaracion amorosa tambien de ordenanza. Porque ni hay fea vieja, ó bonita presumida, ó cosa así que quiera hacerse de *trovadores* que no tenga un *album*, ni hay mueble de estos que no contenga en cada verso una adulacion y una declaracion erótica. Así que las damas cuando no tienen lo que han menester y se lo quieren buscar, se procuran como necesidad previa un *in folio* ricamente encuadernado con papel inglés en el centro, y sin mas vacilaciones empiezan á echar recluta ó leva de poetas para que el uno la llame la del cuello de marfil, aunque sea de ébano: otra diga que sus ojos brillan como luceros, aun cuando nada vea porque el cielo está nublado; otro proclame su boca un rojo clavel, si bien de este no tiene mas que la multiplicidad de

los pétalos; y otro hable del argentino metal de voz cuando es de un desapacible bronce.

Ahora el modo de adquirir esas alabanzas, casi todas inmerecidas, es de lo mas fulminante que puede conocerse; porque desde que la niña poseedora del *album* quiere hacer cantar sus bellezas, pregunta cuántos poetas hay; y sin preámbulos allá va el libro para que ponga en él un pensamiento, una flor, una cualquiera cosa. Y el infeliz cisne tiene que graznar en verso, y como no le dan tiempo, y como sabe que las mugeres se pagan de los elogios, pone allí cuanto le ocurre y la compara al céfiro, á la calandria, al cenizotle, á cuanto hay en el mundo, aunque maldita la semejanza que haya entre uno y otro.

Decía yo que el *album* de Matilde tenia su dedicatoria, y todos los cisnes que estaban presentes pidieron á gritos su lectura, el autor decía que no valia la pena, aunque bien dejaba conocer el deseo de que se leyera en público, lo cual al fin sucedió. Matilde misma tuvo la modestia de decir sus alabanzas, y el poeta herido recibia con humildad los parabienes de sus co-cantantes. Imisible es que pueda relatarte toda la dedicatoria; pero voy á ver si recuerdo algo de ella. Las primeras estrofas, eran así, segun parece:

A tí la jóven del cabello de oro,
De frente de alabastro, cuello erguido:
A tí que solamente has comprendido
El fuego intenso de este corazón.
A tí presento esta sencilla ofrenda
Que encierra mis tormentos palpitantes.
Que contiene las notas espirantes
De una alma consumida de pasión.

.....
He corrido, señora, por el mundo
En pos de mil mentidas ilusiones

Y solo he hallado yertos corazones
Que burlaban mi fé, mi puro amor.
Mas tu comprendes el vacío profundo
De una alma derretida, calcinada,
Que sin tu amor se volverá á la nada,
Que subirá al empíreo con tu amor.

Una tierna mirada de Matilde hizo conocer al cantor que no temiera ya que su alma tuviera la suerte que la de los perros; sino que por el contrario de *ia* esperar irse con *album* y todo hasta el cuadragésimo cielo. Furiosas palmadas y bravos, aunque casi nada era de corazón, aturdieron largo tiempo las salas; y allí mismo se decretó que todos los presentes *sin escepcion*,—¿lo entiendes bien?—sin escepcion debian poner en el libro consabido un verso. Unos pidieron plazo como los comerciantes quebrados; pero otros mas audaces se pusieron á escribir sendos elogios y multiplicadas alabanzas á la bella Matilde. Uno de estos últimos escribió sin vacilar lo siguiente:

Quien al mirar tu vencedora imágen
Diáfana como el agua de la fuente,
No sentirá de amor la flecha ardiente,
No te proclamará divina *hourí?*
Y quién podrá de tu virgínea boca
De esos labios, envidia de las flores,
Escuchar tus castísimos amores
Sin quedar muerto en el instante aquí?

Y luego seguia diciendo que seria una alma de camueso el que se hiciera de chiquitas si aquella *sílfide*, *sirena*, *paloma*, *anguila* y cuanto quieras, decia *sí*, y algun batusco respondia *no*. Otros hicieron allí la reseña de sus tormentos que era una compasion el escucharlos; pero todos acaban prometiendo que olvidarian cuanto les

había sucedido, si por casualidad Matilde volvía hácia ellos sus benignos ojos, y desde el profundo abismo en que yacían, ella los levantaba hasta el paraíso de de lo que tú quieras. No tenían pepita en la lengua, y como, según ellos, la poesía concede licencias más absolutas que las de la plana mayor, cátales diciendo sin *tiquis miquis* todo cuanto les ocurría, aun cuando la niña fuera una sola y ellos un puño.

Cuando á mí me obligaron á poner mi contingente en aquella contribucion directa y ordinaria, rogué y supliqué por todos los santos del cielo que me eximieran, por cuanto no era poeta, ni era soltero, ni estaba herido, ni sabía yo decir más que patochadas, y eso con cierto aquel, que á lo blanco le decía blanco y á lo prietoprieto. No hubo remedio: todos, y Matilde la primera, me obligaron á que enriqueciera aquella coleccion de ofrendas tan voluntarias todas como los plebiscitos en que luego se apela al voto universal. Tomé la pluma: hice de tripas corazón, y escribí:

No solo con un puñal
Se mata á un pobre cristiano,
Otro modo hay inhumano
De echarle al cuello un dogal.
Con un *album* colosal
Se le acomete tal día:
Se le insta y se le porfia
Para que llame preciosa
A una pluscuam-horrorosa,
A una detestable harpía.
Una batalla sangrienta,
Una peste asoladora,
Aun el hambre no devora
Tanta víctima sin cuenta
Como lo hace esa tormenta,
Esa horrible tiranía,

Esa invencion cuasi impía,
De las *hermosas adrede*,
Que elogios pide el que puede
La maldita *album-mania*.

Silvidos, mofas, y cuanta burla les sugirió el buen humor, vino á dar sobre mi pobre humanidad; y por voto unánime de todos, se mandó quitar la hoja y entregarla al brazo seglar de la cocinera, para que sin tela ni figura de juicio fuera á dar al brasero y ayudara á calentar los manjares que luego debíamos engullir. Convengo en que eran malos mis versos, porque ya he dicho que no soy poeta, pero señor, si yo eso era lo que pensaba y se me había pedido un pensamiento, ¿por qué tanta ira contra el mio que no era de aquellos contra los cuales nos manda el catecismo hacer la señal de la cruz? Injusticias, hija! solo injusticias se ven en este pícaro mundo, como si no bastaran las de los tribunales y juzgados menores, y fuera preciso añadir las de esos tribunales especiales que por lo comun se ponen fuera de la ley y á los cuales nunca alcanza la maldicion. Ello es que mis pobres *sonetos*, como los llamó allí uno de los más desengañados poetas, no alcanzaron perdon, y murieron de mala muerte.

Durante la mesa todos dijeron versos lindísimos; pero lo que es yo, muy bien me guardé de volver á decir algo. Comia, callaba y oía. Allí volvieron las exageraciones y los lamentos de tanta víctima, las cuales sea dicho de paso, lloraban y comían, y bebían mucho más, quizá por aquello de que los duelos con pan son menos. No hubo un solo *vate* que no hubiera llamado entre queja y sorbo divina, celestial, peregrina á la señorita Matilde; y si te he de decir la verdad, era un poco oscurita, así tirando á color de pizarra; con unos ojitos chiquitines, aunque algo papujados; su boca no era pequeña, pero en cambio sus labios eran gruesos y revestidos

de unos bigotes no malos, es decir, que era de buenos bigotes: no era alta, pero eso lo suplía con una rechonchez muy cuca. Su cabello que había dicho el del *al-bum* que era de oro, me pareció también á mí que si era de ese metal debió haber estado enterrado mucho tiempo; y si no lo era, debía ser de fierro ó acero, á lo ménos por lo tieso, y por el color.

Luego que acabamos de comer, mis amigos y yo salimos de aquella casa de enfermos y delirantes y nos echamos por estas calles de Dios, no sin recibir mil zumbades mis acompañantes por la desgraciada muerte de mis versos. Al paso nos encontramos con uno que gesticulaba, y se detenía á cada paso, y levantaba los ojos al cielo como buscando las siete cabrillas á medio día. Este es poeta, me dijeron; y es por cierto de los mejores y mas sentidos. Hace poco publicó un tomo de elegias á la pérdida de un diente ocasionado por un *trompis* que le dió un yankee. Escribe con una facilidad admirable, y así es que nadie ignora que hace versos á la berruga de su novia, á la calva de la misma, al juanete de la propia, á la joroba de la idem, y en tal número que cada uno de los objetos cantados le lleva cuatrocientas octavas reales. Por tan relevantes méritos se le ha nombrado socio de la academia de bellas letras (no obstante que las suyas son horribles) de Paris y de Madrid. Oiga usted uno de los versos que compuso á las uñas de su Filis:

Estático; asombrado, boquiabierto,
Entusiasmado, atento, sin respiro
Sin poder creer lo que extasiado admiro
Me han dejado tus uñas medio muerto.
Sueño, no obstante hallarme bien despierto,
Con los ojos cerrados siempre miro,
Esas marmóreas uñas, cuyo giro
Una herida en el alma me han abierto.

Que mucho, si el amor al ver tan bellas
Tan primorosas uñas, no hace un rato
Que las contempla absorto y sin aliento?
Y tanto, en fin, se ha enamorado de ellas
Que sin dudar se convirtiera en gato
Si tus uñas gozara en el momento.

¿No es verdad, D. Caralampio, que esto es sublime y que el autor es un consumado poeta? Lloré de entusiasmo, Bibiana, y pedí que me repitieran la *uñal* composición hasta saberla de corrido.

Ni vaya vd. á creer buenamente, continuó, que nuestros poetasescasean como los buenos gobernantes ó que es necesario buscarles con linterna como Diógenes buscaba un presidente de ayuntamiento que llenara sus deberes; no señor: los tenemos en tal número y tan buenos que desde el momento en que vea vd. en la calle á un hombre desaliñado, de barba mas larga que la hambre de una viuda, el cabello enmarallado y melenudo como nuestros asuntos diplomáticos; anteojos blancos ó de color, bien puede usted saludarle como á uno de los hijos de Apolo, dedicado á la fabricacion de elegias. Y á muy poco que se le pregunta por su vida y su salud, responderá con el acento mas lúgubre que:

Caminando por áspero desierto
Lleva la vida de infeliz proscrito,
Y en su frente fatídica va escrito
El sello de tremenda maldición.

Y aunque muchas veces sucede que está en la escuela aprendiendo á leer y á escribir, y sus padres le sacan los domingos al paseo si aprendió bien sus lecciones:

Ya la nieve corona su cabeza:
Ya su alma siente la letal tristeza
Y ha recibido desengaños mil.
Muerto á las ilusiones de la vida
Yace su corazon atribulado:
El amor, la amistad le han traicionado
Y solo halló que el mundo era muy vil.

Vea vd. si no aquel que atraviesa ahora la calle es un muchachito de doce años de edad; pero en esa corta carrera ha sufrido tantas decepciones, ha sido tantas veces juguete de la fortuna, que el *hastio*, el *desencanto*, la *desilusion* fueron *matando sus creencias* lo mismo que si estas fueran perros y erenos aquellas bichos, y el poetas cansado de la vida, sin fé, sin amor, sin cosa que lo valga ¡porqué vivir? Y el día ménos pensado toma una pistola, se planta una bala en el cuerpo y muere recitando versos en que aborrece al mundo y se marcha con la risa en los lábios:

En pos de un mundo mejor
Donde ni hay amigos pérfidios
Ni es burlado nuestro amor.

Si ademas del trage mal pergeñado ve vd. que lleva un mozalvete bigotes retorcidos, cabello corto y mirar burlon, es tambien hijo de Apolo; pero ese pulsa el estro de Juvenal, de Boileau, de Quevedo. Es poeta satírico, aunque muchas veces tiene que explicar en que consiste la sátira de sus versos.

Aquel señor cuya cabeza está entre dos luces es decir en la hora crepuscular, un autor de varias obras dramáticas en verso, pero aunque ellas le han dado mucho nombre nada valen al lado de una composicion fúnebre, horripilante, estupenda que hizo el día que se vió

solo en el mundo, sin sus ángel tutelar y atravesando el desierto de la vida. El dolor que sintió fue tan intenso que no pudo ménos de esclamar:

Te vas, te vas, y el llanto que derramo
No te conmueve cara Manolita?
¿Cómo dejas tu casa tan solita?
¿Cómo quieres que viva sin la que amo?
No te vayas, Manola, y te promete
Tu pelon á quien tanto has adorado,
Nunca apartarse de tu hermoso lado
Y á tus piés ocupar siempre un tapete.
Mira á tus peloncitos que te piden
La leche, el atolito, la sopita
Si tu te vas, mi tierna Manolita
Tus hijos y tu esposo de la vida se despiden."

¿Puede espresarse mejor el sentimiento? Esperaba vd. hallar tanta sublimidad, tanta elevacion en un viudo? Pues así encontrará vd. muchos que escriben mas versos, que un candidato para el congreso boletas de eleccion. Y si no quiere vd. creerme pregunte á los periodistas cuantas veces tienen que esconder el bulto para librarse del asedio que les ponen todos los poetas que cada día llevan una resma de papel borrajada con el nombre de *ensayos poéticos*. No hay un solo enamorado que no crea de rigor escribir á la dulcinea en rengloncitos desiguales, y que no entienda que para mayor honra y gloria de ella deben salir en los periódicos. Hace el oso? pues versos al canto y á publicarlos. Están de monos? Pues sobre la marcha las liras, y allá van á la imprenta. Dijo que sí? dijo que no? dijo que lo pensará? Pues todo esto pide sendas composiciones y *un lugar en las columnas de su bien acreditado diario*.

Verdad es que nunca publican tales cosas y despro-

pósitos de su espontánea voluntad, sino que siempre son rogados como los testigos, comprometidos como los ministros-cuando renuncian y se les hace seguir: el amigo fulano, el señor sutano, la señora de mas allá, son los que hacen que ese genio luzca y salga de la oscuridad en que su modestia le aconsejaba vivir. Y una vez que pillan al infeliz redactor y le pueden embocar los perversos, adios tranquilidad de este, adios reposo: todo es interrumpido por el enamorado vate que le persigue dia y noche y que le pone mas espías que la policia á un sospechoso: todo para que cuanto ántes vean la luz los versos, porque el amigo, el señor y la señora dicen que él, el poeta, es el que se niega á sus deseos y no quiere obsequiar sus repetidas instancias.

Y al dia siguiente de la publicacion van el señor, la señora y el amigo, y le dicen al pobre periodista que se ha burlado del público, y del autor, y de sus personas por haber dado en su papel una composicion tan chavacana, tan ridícula, y haber estampado en la dedicatoria el nombre de alguno de ellos, y hay allí mas dimes y di-retes que en casa de vengidad.

Pero los poetas no se desaniman. Siguen impávidos el camino de la gloria; y como nunca faltan tontos que elogien, ni viejas que comprometan con su *album* á las expansiones de un genio, ni circunstancias que obliguen á poetizar, ni convites en que sean de reglamento los brindis en verso, ni fea que no quiera la llamen hermosa, ni grande hombre que le pese que le llamen mas grande, ni coqueta que no busque el elogio de su virginal pureza, he aquí que los poetas se multiplican aun mas que el tibico, y pululan todavia mas que las ranas y los pescados en los hermosos canales de esta nueva Venecia. Aquí todos son genios; todos son vates, todos son cisnes, y esto último es lo único que creo á puño cerrado porque graznan que es una bendicion de Dios.

Cuidado como les manifiesta vd. alguna vez el deseo de conocer alguna de sus composiciones, porque con la mayor inhumanidad del mundo le echarán encima unos cinco millones de versos que hicieron en sus ratos de ocio á la ausencia de su amada, á su vuelta, á su desden, á su amor, á su memoria, á su sueño á sus desvelos y hasta á sus pecados capitales. Y si empiezan á recitarlos, bien puede vd. darse por muerto, porque no le perdonan ni una coma, ni una admiracion, ni los puntos suspensivos; sobre todo estos últimos que son, por decirlo así, la sal con que dan sazón á sus guisos pindáricos.

Llegamos á mi posada. Mis amigos se fueron, y yo en el acto me puse á escribirte pero no pudiendo hacer nada, lo dejé para hoy que mi cabeza no poetiza ni tiene pretensiones mas que á la humilde prosa. Hasta otra vez.—*Caralampio*